

# Análisis de la teoría de Hans Kohn sobre la nación y el nacionalismo

Jacques Gabayet Jacqueton\*

*Este trabajo examina detenidamente el marco metodológico de uno de los principales teóricos del origen de las naciones del nacionalismo: el historiador Hans Kohn. Sus principales aportaciones al tema consisten en la demostración de que el surgimiento de las naciones es un fenómeno contemporáneo, ligado a la aparición de la sociedad moderna, que recoge del pasado todos sus elementos, como la lengua, la religión o la ascendencia común, transformándolos en elementos constitutivos de un conjunto social al que se pasa a pertenecer, con una nueva lealtad que suplanta las del pasado.*

Una de las preocupaciones más relevantes que se presenta en el final del milenio, y que se manifiesta principalmente en amplios círculos intelectuales, está íntimamente ligada a la virtual derrota de todos los proyectos que se fincaban en ideales universalistas, cosmopolitas que, inspirados en muy diversas filosofías, promovían la idea de un mundo mejor.

En cambio, hemos visto desarrollarse en este siglo formas de exclusión e intolerancia que culminaron en terribles

\* Profesor-investigador del Departamento, de Política y Cultura, UAM-X

holocaustos o en millones de patriotas muertos, que para asombro de muchos, surgían también de aquellas sociedades de las que se esperaba una defensa de los ideales cosmopolitas o universalistas.

Es necesario indicar que este desencanto no ha sido motivo de transformación total en los criterios de los intelectuales sobre las causas profundas de la desigualdad y la injusticia, ya que en muchos casos conservan su espíritu crítico. En otras palabras, no es la catástrofe de las experiencias mal llamadas socialistas (en otras, como en la alemana, pudo haber asombro pero no desencanto) causa alguna para dejar de indicar la fuente de los problemas en el sistema capitalista de producción. Pero, evidentemente, esta convicción no remedia en lo más mínimo el desencanto. Ejemplo de ello es el camino intelectual que ha seguido un pensador como Benedict Anderson quien, para explicarse el origen de semejante realidad, el predominio de las ideas particularistas, xenofóbicas, que predominan en todo el orbe, llega a la conclusión de que los movimientos que creíamos socialistas en realidad fueron movimientos que, en lo fundamental, debieron considerarse como particularistas o, con más precisión, nacionalistas.

Probablemente, allá en su brumosa Inglaterra leía con asombro y tristeza las batallas que Camboya libraba contra Vietnam, y éste a su vez contra China comunista. Conflictos que son la continuación de querellas dinásticas centenarias que, por lo visto, la concepción *comunista* no había modificado en lo más mínimo.<sup>1</sup>

Lo mismo nos sucedió a otros que, en climas diferentes, veíamos con igual asombro y tristeza el desenlace de estas inesperadas carnicerías; recuerdo cuando salíamos de la preparatoria de Mascarones para apoyar a Vietnam en su justa lucha contra el imperialismo norteamericano, y esquivábamos los macanazos de la policía mexicana.

Es esta desmitificación la que está presente en el análisis de B. Anderson, cuando en la conclusión de sus investigaciones sobre el nacionalismo, nos dice:

Si la invasión y la ocupación de Camboya por parte de los vietnamitas, en diciembre de 1978 y enero de 1979, representaban la primera guerra convencional en gran escala librada entre regímenes marxistas revolucionarios [*sic*] el ataque perpetrado por China contra Vietnam, en febrero, confirmó rápidamente el precedente... Tales con-

Y si es verdad esta afirmación sobre los países mencionados no tendría por qué no serlo para la ex Unión Soviética y sus guerras expansivas.

sideraciones ponen de relieve el hecho de que, desde la Segunda Guerra Mundial, toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales: la República Popular de China, la República Socialista de Vietnam, etc. Y al hacerlo así se ha arraigado firmemente en un espacio territorial y social heredado del pasado prerrevolucionario.<sup>2</sup>

Más aún, este autor buscará apoyo para su análisis en la voz de otro intelectual con el que coincide en algunas ideas fundamentales; se trata de Eric Hobsbawn, al que cita en su apoyo cuando dice:

Los movimientos y los Estados marxistas han tendido a volverse nacionales no sólo en la forma sino también en la sustancia, es decir, nacionalistas. Nada sugiere que esta tendencia no continuará.<sup>3</sup>

Esta preocupación de múltiples intelectuales, no se ha quedado en simple aceptación resignada ante la historia. Para encontrar explicaciones y evitar los mismos errores, han caminado en sus investigaciones y arribado a denuncias que son de vital importancia. El mismo Benedict Anderson indicará en su excelente "Introducción" a la obra mencionada, que el problema está en el corazón mismo de lo que es el nacionalismo, pues éste

...se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas. Estas muertes nos ponen súbitamente frente al problema central planteado por el nacionalismo: ¿Qué hace que imágenes contrahechas de la historia reciente (escasamente más de dos siglos) generen sacrificios tan colosales? Creo que el principio de una respuesta se encuentra en las raíces culturales del nacionalismo.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*: FCE, México, 1997, pp. 17 s.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 25.

Efectivamente, en las raíces culturales del nacionalismo encontramos los elementos que conforman los rasgos fundamentales de la intolerancia. A partir de ello, podemos llegar a la comprensión del desencanto de este siglo. De ahí que nos parezca muy importante un estudio serio y sistematizado de los principales aportes teóricos que se han realizado en el terreno del nacionalismo y del surgimiento de las naciones. Es pertinente, entonces, referirnos al análisis de uno de los primeros teóricos, Hans Kohn; no sin aclarar que antes de estos padres fundadores de los estudios sobre nacionalismo, abordaron el tema intelectuales como R. Tagore y Rudolf Rocker.

### **El marco teórico de H. Kohn para comprender la formación de las naciones**

H. Kohn escribió varios libros sobre el tema<sup>5</sup> pero uno de sus clásicos es el denominado *Historia del nacionalismo*<sup>6</sup> (*Idea of Nationalism*) publicado en una fecha de la historia de la humanidad, 1944, en que, al igual que en nuestros días, el tema era una acuciosa necesidad.

Benedict Anderson, que ha contribuido al análisis de estos fenómenos históricos, en su libro *Comunidades imaginadas* menciona las primeras contribuciones sobre el tema, y bautiza a los autores de éstas como *los padres fundadores* del estudio sobre el origen de las naciones y del nacionalismo.

Menciona a Hans Kohn y a Carlton J.H. Hayes (aunque, insistimos, deja injustamente fuera a Rudolf Rocker y a R. Tagore) como aquellos pioneros que se aventuraron en estos estudios, legándonos las primeras herramientas de análisis. Existen aportaciones sumamente importantes de otros teóricos que nutren el análisis de este interesante problema; mencionaremos con un alto riesgo de ser injustos con otros muchos intelectuales comprometidos en estas investigaciones, a Isaiah Berlín, Benedict Anderson, Eric Hobsbawn, Carlton J. H. Hayes, Rudolf Rocker y R. Tagore.

La primera afirmación, de vital importancia, hecha por H. Kohn, es que el surgimiento de las naciones y del nacionalismo son fenómenos históricos absolutamente

<sup>5</sup> Hans Kohn. *Le Panslavisme, son histoire et son idéologie*: Payot, París, 1963. También *Consideraciones sobre historia moderna. La historia y la responsabilidad humana*: Libreros Mexicanos Unidos, 1963.

<sup>6</sup> Hans Kohn. *Historia del nacionalismo*: FCE, México-Buenos Aires, 1949.

contemporáneos; su ubicación no va más lejos de principios del siglo XVIII, y la revolución francesa es el primer acontecimiento en que entran a la liza histórica todos los elementos que conforman el fenómeno, articulados de manera novedosa y diferente. Para Hans Kohn, la primer nación del mundo es la francesa<sup>7</sup> y su ideología se basó principalmente en la Ilustración, a partir de la cual construyó sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Tanto Inglaterra como Estados Unidos son lúcidamente analizados por el autor pero, quizá por la repercusión y el brillo ideológico del acontecimiento francés, éste es señalado como el caso arquetípico.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> En realidad, el análisis realizado por Hans Kohn demostraría que es Inglaterra la primer nación del mundo, como lo afirma C. Hayes con apoyo del primero; pero en Hans Kohn existe una preferencia por las ideas laicas de la revolución francesa, que lo llevan a proponerla como el paradigma a emular y paradigma de nacionalismo.

Aunque los comentarios que vamos a realizar en este pie de página no ponen en cuestión la teorización general que Hans Kohn realiza, sí nos ayudan a ir un poco más lejos. En términos generales, la tipología que él realiza se concreta en dos tipos fundamentales de naciones y de nacionalismo: el contractualista y el cultural. El primero inspirado en la filosofía de la Ilustración y el segundo en pensadores alemanes que van desde el prerromanticismo hasta el romanticismo en pleno. Nuestra argumentación es que al no mencionarse autores, que podrían clasificarse como románticos políticos conservadores, mentimos gravemente sobre las fuentes de inspiración del nacionalismo cultural. Me refiero a intelectuales que fueron militantes declarados en contra de la revolución francesa, como Bonald, Burke, Chateaubriand y De Maistre, que tuvieron, cuando menos el segundo con total certeza, influencia en conservadores de todo el mundo, como por ejemplo en Lucas Alamán, el famoso intelectual mexicano. El análisis de la influencia de estos autores en el nacionalismo cultural, combinado con Herder y los diversos intelectuales románticos que impulsaron el nacionalismo alemán sería mucho más completo que los que generalmente se realizan al no tomar en cuenta a estos autores. Esta idea se la debemos al otro denominado padre fundador del estudio nacional, que escribe al respecto:

La reacción patriótica que se despertó entre escritores, estadistas y pueblos extranjeros, contra el militarismo de Francia, la Revolución y Napoleón, fue un factor de mucho peso en la propagación del nacionalismo. Esta reacción comenzó, como era de esperar, en Inglaterra, donde floreció muy pronto, en 1790, con el famoso ataque que hiciera Edmund Burke a la Revolución Francesa, defendiendo el nacionalismo 'tradicional' de Inglaterra. Sin embargo, numerosos franceses, que eran conservadores y antirrevolucionarios, se sintieron atraídos por el tradicional nacionalismo al estilo Burke. Uno de ellos, el vizconde de Bonald, escribió en 1796, desde su exilio, un ardiente tributo al lenguaje, la religión, la historia y el 'carácter' franceses. (Carlton J. H. Hayes. *El nacionalismo una religión*: Uteha, México, 1966, p. 79.)

Como respuesta al gran acontecimiento francés (aunque se puede rastrear el fenómeno desde antes; para ser más precisos: desde la Reforma con las ideas del Renacimiento italiano y las ideas de Juan Huss) se desarrolla una polémica contra las figuras principales de la Ilustración, por ejemplo contra Voltaire, por parte de autores alemanes como Hamann, Herder, Fichte, Schelling y los pensadores denominados *Románticos*, que prefiguran las ideas principales que nutrirán el surgimiento del nacionalismo cultural.

Isaiah Berlín, en su excelente libro *Contra la comente*, nos muestra algo del carácter de esta respuesta:

Hamann se inició como discípulo de la Ilustración pero, después de una profunda crisis espiritual, se volvió contra ella y publicó una serie de ataques escritos en un estilo deliberadamente oscuro, altamente idiosincrásico, perversamente alusivo, retorcido, tan lejano como pudo de la para él detestable elegancia, claridad y tersa superficialidad de los afables y arrogantes franceses, dictadores del gusto y del pensamiento.<sup>9</sup>

El comentario de este autor sobre Hamann es muy importante, pues ese recorrido, de admirador a crítico de la Ilustración es el de la gran mayoría de los intelectuales alemanes que contribuyeron a la creación de las ideas fundamentales del nacionalismo cultural, propio de Alemania y de otros países, como los eslavos, que iniciaron la construcción de sus naciones después de los franceses y en gran medida como respuesta a éstos.

Con lo que hemos señalado hasta el momento podemos concluir, primero, que nuestro autor ha descalificado radicalmente la posibilidad de clasificar como *nación* a cualquier organización de la sociedad humana (en esto existe una diferencia fundamental con C. Hayes, que llega a la aberración de bautizar como nación hasta sociedades como la de los Hititas) anterior al siglo XVIII, y también a cualquier movimiento social como *nacionalista* si no se ubica en Europa y en ese periodo. Para una afirmación tan tajante, nuestro autor ha tenido que delimitar, con todo rigor, las características que le permiten diferenciar este fenómeno en un periodo tan preciso y excluir, de esta clasificación, toda la historia restante de la sociedad. La clave para esta delimitación es la acción recíproca de varios aspectos: lengua, territorio, Estado cen-

tralizado, etcétera, que crean el fenómeno nacional y se modifican al construir la nación.

En segundo lugar, podemos concluir que la polémica entre la Ilustración y los filósofos o pensadores alemanes, le sirve a H. Kohn para definir dos tipos de nación. La primera es la que se fundamenta en las corrientes teóricas que nutrieron el racionalismo, con sus teorías de los derechos naturales del hombre y del ciudadano (H. Kohn menciona particularmente a Grocio, Locke y Rousseau) y, por lo tanto, con una concepción de la soberanía del pueblo. Se trata indiscutiblemente de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña. El otro tipo de nación se inspira en las concepciones que surgen del romanticismo, básicamente del alemán, en donde se gesta lo que Hans Kohn llama el *nacionalismo cultural*. Nos describe así el fenómeno:

El nacionalismo occidental se basaba en una nacionalidad que era el producto de factores sociales y políticos; el nacionalismo alemán no halló su justificación en un concepto social racional, sino en el hecho 'natural' de que una comunidad se mantuviera unida, no por la voluntad de sus miembros o por cualquiera estipulación de algún contrato, sino por los lazos tradicionales de afinidad y status. El nacionalismo alemán sustituyó el concepto legal y racional de la 'ciudadanía' por el infinitamente más vago del *volk*, que habiendo descubierto primero los humanistas alemanes, lo desarrollaron más tarde Herder y los románticos. Se prestaba más fácilmente a los bordados de la imaginación y a la excitación de la emoción. Parecía que sus raíces llegaban hasta el suelo enigmático de los tiempos primitivos y que habían crecido a través de millares de recónditos canales en inconsciente desarrollo, no a la luz clara de los fines políticos racionales, sino en las entrañas del pueblo, que parecía estar mucho más cerca de las fuerzas de la naturaleza. Esta diversidad en las ideas de nación y nacionalismo era una consecuencia histórica de la diferencia producida por el Renacimiento y la Reforma en Alemania y en el occidente de Europa.<sup>10</sup>

También Isaiah Berlín coincide en este enfoque cuando escribe:

Pudiera ser verdad que el nacionalismo, como algo distinto de la mera conciencia nacional -el sentido de pertenecer a una nación-, es en primer lugar una repuesta a una

<sup>10</sup> Hans Kohn. Historia del nacionalismo, *op. cit.*, pp. 280 s.

actitud protectora y despreciativa hacia los valores tradicionales de una sociedad, el resultado del orgullo herido y una sensación de humillación entre sus miembros más socialmente conscientes, que en su debido momento produce cólera y autoafirmación. Esto parece estar apoyado por la carrera del paradigma del nacionalismo moderno en la reacción alemana -desde la defensa consciente de la cultura alemana en el relativamente suave patriotismo literario de Thomasius y Lessing y sus precursores del siglo XVII hasta la afirmación de la economía cultural de Herder-, que conduce a un estallido de chauvinismo agresivo en Arndt, Korner, Goerres, durante y después de la invasión napoleónica.<sup>11</sup>

Esta respuesta a Occidente, que tiene su epicentro en Alemania, contiene rasgos que son una de las fuentes de los nacionalismos más intolerantes, aunque al mismo tiempo suscitó creaciones filosóficas y teóricas de indudable valor como, por ejemplo, la utilización del mito por la teoría del psicoanálisis de Sigmund Freud. Por su parte, y para no caer en el endiosamiento que realiza precisamente Hans Kohn, no debemos olvidar que la Ilustración contiene en sus concepciones ideas que llegan hasta el racismo que se manifiesta, por ejemplo, cuando aborda el estudio de sociedades clasificadas como *atrasadas* y que fueron el ariete de su visión imperial. Como respaldo de dicha afirmación recurrimos a otro clásico sobre el tema, C. Hayes, quien nos dice que

Gracias a la influencia popular que había llegado a alcanzar el nacionalismo, hubo aceptación general de la imposición de medidas como la movilización y el reclutamiento, la censura de prensa, el socialismo virtual del Estado en la regulación y operación de transportes, manufactura de municiones, racionamiento de alimentos y operaciones de banca. Todo esto se había barruntado ya, un siglo antes, en la Francia revolucionaria y en la napoleónica; pero lo que entonces se mostraba era una etapa primitiva del nacionalismo moderno de Europa, y lo sufrieron únicamente los franceses y nunca en forma tan absoluta. Pero en 1914, un siglo después, el nacionalismo que había inspirado a los jacobinos franceses y a la *Grande Armée* de Napoleón, se había convertido en algo que era ya posesión de las masas en la mayor parte de Europa y aun fuera de ella.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Isaiah Berlin, *op. cit.*, pp. 428 s.

<sup>12</sup> Carlton J. H. Hayes, *op. cit.*, p. 163.

Leyendo a Antonello Gerbi y Michel Duchet,<sup>13</sup> se puede abundar sobre este tema que nos facilita mucho la comprensión de la respuesta alemana, así como la respuesta de otros pensadores, como por ejemplo los populistas rusos.

Por lo que hemos visto, tanto el modelo republicano como el inspirado en el romanticismo, es decir, el nacionalismo cultural, son intolerantes. Hay que advertir que esta conclusión tan tajante es más nuestra que la de Hans Kohn quien, aunque de manera muy cautelosa, se inclina por el modelo ilustrado como el mejor para una nación, y toma una gran distancia crítica ante el modelo alemán.

Podría parecer que el surgimiento de estas dos visiones del mundo, la inspirada en el racionalismo y la de corte romántico, hubiesen surgido arbitrariamente, o como características inherentes a un pueblo o futura nación, pero no es así. Nuestro autor nos indica que la primera, la contractualista, pertenece a sociedades en las que existió una clase social (le denomina Tercer Estado, con lo cual evidentemente, se distancia del marxismo) a la que le costó mucho tiempo desarticular las antiguas relaciones de dominación tradicional y que, en esta lucha por nacer, ha desarrollado y creado una nueva explicación del mundo: la racionalista, de donde han surgido las naciones que se caracterizan por su definición democrática. Mencionará como pertenecientes a esta cualidad a Inglaterra, Francia y Estados Unidos, aunque en este último país no se realizó esta prolongada lucha contra viejas clases dominantes:

Sólo en el siglo XVIII, con la aparición simultánea del nacionalismo, la democracia y el industrialismo, estrechamente vinculados gracias a su origen y acción recíproca, se inició un proceso cada vez más rápido y amplio de transculturación, de intercambio económico y de intensificación de las comunicaciones, de modo que durante los siglos XIX y XX todos los movimientos sociales importantes adquirieron carácter universal.<sup>14</sup>

Con la misma precisión, Hans Kohn indica que la carencia de esta clase social propició el surgimiento del segundo tipo de nación, que sustenta su existencia y desarrollo en ideas contrarias a las de la Ilustración:

<sup>13</sup> Antonello Gerbi. *La disputa del nuevo mundo*: FCE. Y Michel Duchet. *Antropología e historia en el siglo de las luces*: Siglo XXI Editores.

<sup>14</sup> Hans Kohn. *Historia del nacionalismo*, op. cit., p. 9.

El nacionalismo halló su expresión predominante, si bien no exclusiva, en las transformaciones políticas y económicas, en aquellos países -como Inglaterra, Francia y Estados Unidos- en que el Tercer Estado adquirió fuerza en el siglo XVIII. Donde, por el contrario, el Tercer Estado era todavía débil y apenas en germinación al principiar el siglo XIX -como Alemania, Italia y los países eslavos-, el nacionalismo encontró su expresión predominante en el campo cultural. Entre estos pueblos, en un principio, no fue tanto el estado-nación, sino el *volksgeist* -espíritu del pueblo- y sus manifestaciones literarias y folklóricas en la lengua materna y en la historia, lo que se convirtió en el centro de atención del nacionalismo. Este nacionalismo cultural, ayudado por la fuerza creciente del Tercer Estado, con el despertar político y cultural de las masas durante el siglo XIX, se transformó pronto en el deseo de formar un estado nacional.<sup>15</sup>

Pero es indispensable indicar, como lo hace Hans Kohn, que cualquiera que haya sido el tipo de nación, entre las dos que nos define el autor, los elementos que les son indispensables para ser caracterizadas como tales deben cumplir con las mismas reglas. Habíamos mencionado, por ejemplo, la existencia del Estado, pero nuestro autor menciona otra, como es la lealtad al estado-nación que viene a substituir la lealtad al señor feudal o a un estado monárquico. En otras palabras, todos los elementos que Hans Kohn menciona para poder definir el fenómeno como nación existen desde antes, pero la articulación de todos ellos es lo que permite captar la transformación de estos elementos que coadyuvan a la creación de esta lealtad que es fundamental en la conformación de las naciones.

¿Cuáles son todos estos elementos que articulados y por lo tanto transformados producen las naciones? Los tres fundamentales son el territorio, el idioma y la descendencia común. También indica la necesidad del Estado centralizado (ya mencionado), de las costumbres, tradiciones y religión.

Ni el idioma ni las tradiciones ni el Estado, etcétera, son lo mismo que antes, puesto que ahora responden a los intereses de esa nueva clase que tejió laboriosamente su dominio durante siglos, hasta doblegar a las antiguas clases dominantes y crear este nuevo tipo de lealtad que es definitorio en la constitución de una nación.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 17 s.

No obstante, es necesaria una aclaración. Si bien es indiscutible el desarrollo del Tercer Estado en Alemania, no es la burguesía quien toma en sus manos la construcción de la nación, sino una clase ligada al pasado, los aristocráticos *junkers*. Esta realidad es, precisamente, la que explica el rechazo a la Ilustración, que responde a muchas causas (entre ellas mencionamos la idea despectiva de la Ilustración por la religión y el atraso o las tradiciones, etc.) y que sea retomado tan fácilmente por esta aristocracia como un ariete para la construcción de su identidad nacional. Está por demás indicar que dicha identidad, al igual que su desarrollo económico y poderío industrial, se construyeron "desde arriba", por el Estado, en un proceso profundamente anti-democrático.<sup>16</sup>

Prosigamos con la argumentación de Hans Kohn. Dentro de la labor de transformación de la sociedad que esta clase del Tercer Estado realiza, se menciona la secularización, la adoración por la ciencia natural, así como la presentación de sus intereses particulares como los de todo el pueblo. Dicho en otros términos, estamos ante la transformación de la sociedad feudal que realizó la burguesía. Pero he aquí el aspecto que nos indicará nuestro autor como definitivo para apreciar la naturaleza diferente de los elementos que constituyen a las naciones y que le precedieron, aunque cumplieron también otras funciones; al respecto nos dice:

El crecimiento del nacionalismo es el proceso de integración de las masas populares en una forma política común y esta integración se realizará con un nuevo sentimiento vital y con un nuevo fervor religioso.

Aprovechamos para indicar que este fervor religioso se presenta no únicamente en los casos en que la religión juega un papel fundamental en la definición de la nación, como en el caso alemán, sino que también se observa en los países tipificados como hijos de la Ilustración.

Tenemos entonces, que es precisamente este nuevo *fervor religioso* de pertenencia y de lealtad a la nación lo que definirá a cada uno de los elementos que constituyen el nuevo fenómeno (religión, tradición, costumbres, territorio, etc.) y que es, al mis-

Es muy instructivo tener presente la coincidencia de criterios con el de Barrington Moore en su indispensable texto *Los orígenes sociales de la democracia y el totalitarismo*: Península, en este punto fundamental.

mo tiempo, esta función -la de crear la lealtad a la nación- la que los modifica y distingue de las funciones que tuvieron en el pasado. Por eso, no es lo mismo el territorio antes de la formación de la nación que después. La diferencia es que no tiene la misma mística antes que cuando ya es una nación.

De allí la importancia -continúa Hans Kohn- de la letra impresa, de los medios de comunicación y de la instrucción pública que, en manos de las instituciones de un Estado centralizado y centralizador construirá esta nueva pertenencia, esta nueva lealtad religiosa, que es el rasgo central del fenómeno nacional.<sup>17</sup>

Así se enaltecerá, por ejemplo, el idioma inglés (podría ser la religión o las tradiciones, etc.) que surge de la traducción de la Biblia, como constitutivo de una lengua que distinguirá a los ingleses de otras naciones, pues a través de ella se expresa su peculiaridad y, por supuesto, su idea de superioridad sobre otras, ya que en ella se expresa lo más íntimo de su espíritu.

Pero lo mismo harán los franceses, que desde F. Rabelais divulgaron el francés hasta transformarlo en lengua generalizada en los territorios dominados por la monarquía francesa, lo cual obligó a que los trámites legales fueran codificados en su idioma. Al mismo tiempo, se divulgarán la cultura de sus poetas o filósofos en lengua francesa con exactamente el mismo espíritu de superioridad con que los ingleses apreciaban su lengua.

Precisamente en este elemento que hemos escogido, podemos apreciar la gran diferencia de su presencia y significado en el pasado, antes que formara parte de los elementos constitutivos de una nación y de su orgullo. Existe una radical distancia entre el uso y la divulgación que hizo la monarquía francesa de su idioma del que hará el Estado de la revolución francesa. Baste recordar que Saint-Just atacaba, para comprender la distancia entre el idioma en una monarquía y el idioma como elemento constitutivo del orgullo nacional de un pueblo que había hecho una revolución, el uso de otras lenguas en el territorio de la república; lo consideraba como una práctica contrarrevolucionaria.

Hans Kohn utiliza diversos términos para definir esta novísima forma de pertenencia, lealtad, identidad: excluyeme diríamos nosotros en la jerga más común de nuestra época; dirá: *idea fuerza nacional, estado de espíritu*; pero el aspecto que nos pare-

<sup>17</sup> En este análisis brilla por su ausencia el ejército. Véase para este aspecto crucial a Guy Hermet. *Histoire de Nations et du nationalisme en Europe*: Seuil, 1996.

ce más significativo desde la perspectiva crítica de nuestro autor, es el señalamiento de que esta nueva forma de lealtad se construye históricamente de forma religiosa, o como indicará el otro clásico sobre el tema C. J. H. Hayes, para hacer del nacionalismo una religión.

Creemos firmemente que este autor nos llama a la desmistificación de la nueva religión, pues la ideología que impregna y crea a esta sociedad de masas se presenta como "natural" y "eterna"; textualmente escribirá que aparece como "producto de leyes eternas y naturales".

Por esa razón, y con esto inaugurar una de las actitudes clásicas y, diríamos, naturales de varios de los estudiosos del fenómeno nacional: la de tomar distancia del fenómeno nacional para poder comprenderlo o, en otras palabras, no compartir la religión nacional, Hans Kohn escribirá:

Ni la nación alemana, ni la francesa, son entidades predestinadas por la naturaleza: como tampoco lo son los Estados Unidos.<sup>18</sup>

Este comentario de uno de los padres fundadores del análisis del problema nacional es por el conocimiento de la raigambre religiosa y fanática con la que el nacionalismo es construido. Por ejemplo, y en la misma senda, Eric Hobsbawn nos advertirá sobre la necesaria distancia que se requiere tener para poder develar, desmistificar, esta nueva religión.

En fin, no puedo abstenerme de decir que ningún militante del nacionalismo político puede ser un historiador serio de las naciones y del nacionalismo, sino es al mismo nivel que aquellos que creen en la verdad revelada de las Escrituras, pues si son incapaces de contribuir a una teoría de la evolución, en cambio sí pueden contribuir perfectamente a las investigaciones arqueológicas y a la filología semítica.<sup>19</sup>

Pero no sólo la naturaleza religiosa de la nación y del nacionalismo son parte de los acuerdos teóricos de los autores que hemos empezado a analizar en este artículo, C. Hayes, Benedict Anderson y Eric Hobsbawn (cuestión que demostraremos más adelante),

<sup>18</sup> Hans Kohn. *Historia del nacionalismo*, op. cit., p. 32

<sup>19</sup> Eric Hobsbawn. *Nations et Nationalisme depuis 1780*: Gallimard, París, 1992, p. 24.

sino que a pesar de sus indiscutibles diferencias teóricas y políticas, sus obras coinciden en la denuncia del peligro contenido en esta nueva forma de la ideología, precisamente por su cercanía con el pensamiento religioso y, por lo tanto, con el fanatismo.

Por ello nuestro autor señala, preocupado, que esta "idea fuerza" que coordina los actos de millones de hombres, ha adquirido una altura que da vértigo presenciar en sus posibles actos destructores; las intolerancias religiosas del pasado quedarán como pálidos ejemplos, y lo más preocupante para él, los ideales universalistas que han sido derrotados por esta avasalladora idea de orgullo de pueblito que ahora blande banderas nacionales con enormes ejércitos dispuestos a morir por la patria.

No sólo encontramos en este autor la explicación de las ideas que han llevado a millones de hombres a la lucha contra otros países, sino también la que nos permite comprender aquéllas que, internamente, en cada nación, pueden llevar al uso de la fuerza represora en contra de cualquier oposición. Escribió:

El hombre, hasta hace unos cuantos siglos, debía lealtad a la iglesia, a su religión; el hereje se colocaba fuera de la órbita de sociedad, tal como hoy se coloca el 'traidor' con respecto a su patria. La estabilidad de la lealtad suprema del hombre con respecto a su nacionalidad señala el principio del nacionalismo.<sup>20</sup>

Por eso también nos dirá que esta homogeneización que de muy diversos pueblos hicieron las burguesías, al proletarizar a sus campesinos ingleses, franceses o alemanes, requiere de presentar esta pertenencia como sagrada, con todas sus liturgias y rituales.

Por lo tanto, la desmistificación de todo aquello que logra creerse como inmemorial, inmanente, puro, autóctono o peculiar es el arma de este gran pensador judío. Por esa razón nos explicará que se debe de hacer lo mismo con todos los elementos que construyen las naciones (y Hans Kohn lo hace en su libro), con el territorio, las tradiciones, costumbres, etcétera. Por eso escribió que todo nacionalismo, esto es, cualquiera de los dos tipos que define, se construyen creando una:

historiografía [una] filosofía de la historia, haciendo que cada nación posea su propia interpretación de los hechos históricos, gracias a lo cual no sólo se siente diferente de

<sup>20</sup> Hans Kohn. *Historia del nacionalismo*, op. cit., p. 29.

todas las demás nacionalidades, sino que da a esta diferencia un significado fundamental, metafísico. El hombre siente que debido a su nacionalidad ha sido escogido para determinada misión especial, y que su realización es esencial a la marcha de la historia y aun a la salvación de la humanidad.<sup>21</sup>

En síntesis, la confluencia, articulación y transformación de todos los elementos que constituyen una nación logran que una nueva religión se apodere del pensamiento de cada ciudadano de la nación en cuestión.

La nueva manera de agrupar a los hombres según nuevas formas de organización y su integración alrededor de nuevos símbolos, ganó un impulso desconocido hasta entonces. El rápido incremento de la población, la difusión de la educación, la influencia creciente de las masas, las nuevas técnicas desarrolladas gracias a la información y la propaganda, dieron al sentimiento de la nacionalidad una intensidad permanente, que pronto lo hizo aparecer como algo 'natural', que había existido siempre y que siempre existiría; pero la circunferencia de la simpatía no tiene por qué permanecer trazada para siempre tal como está actualmente.<sup>22</sup>

Para terminar, H. Kohn nos indicará que es necesario el análisis de múltiples intelectuales, que mucho antes que el fenómeno nacional fuese una idea fuerza, construyeron ideas fundamentales durante el Renacimiento y la Reforma.

El primero tuvo, como su nombre lo indica, una pasión que inspiró los estudios sobre la cultura clásica de Roma y de Grecia, que serán las sociedades arquetípicas de las que se recuperarán su estética, sus ideas sobre el héroe, etcétera. Lo más importante -y recordemos para ello a Maquiavelo por ejemplo-, es la idea de sí mismos y su defensa ante los otros, los bárbaros o extranjeros. De la segunda, la Reforma, se retomará el mesianismo del pueblo hebreo.

Estos goznes teóricos inspirarán a muy diversos intelectuales que, durante todo el proceso de construcción del mundo moderno crearon, con aquellos modelos (el hebreo, el griego y el romano), ideas centrales que conformaron las ideas nacionales de las futuras naciones.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 31.

Pasemos a describir algunas ideas centrales de su análisis: la primer idea rescatada es que tanto el pueblo de Israel como el griego fueron creadores de una concepción en la que cada miembro de esa sociedad era depositario y portador de una cultura que los distinguía de los otros. Esa cultura de todo miembro de la sociedad, al ser compartida por sus iguales, lograba una comunidad de intereses y puntos de vista que los distinguía de cualquier otro conjunto humano que no compartía ese tipo de colectivismo. Las otras sociedades estaban divididas por creencias que excluían a sus propios trabajadores; o eran culturas elitistas que no pretendieron nunca una unidad ideológica como la de los israelitas, quienes mediante la creencia común en una religión de la que cada miembro del pueblo era creyente, o de los griegos que eran también conscientes de ser portadores de una cultura común de todos, los distinguía de bárbaros o de herejes. (Brillantes análisis existen sobre la creación del monoteísmo y la muerte del politeísmo, propia del pueblo israelita, por ejemplo Max Weber o Sigmund Freud.)

Esta unidad contenía, en los dos casos, una idea de los otros que tuvo diversas posiciones a través de su historia, desde la exclusión total, como en el caso de Aristóteles, hasta una idea más cosmopolita, que permitía la aceptación del otro, a condición de que aceptase la cultura griega o la circuncisión para los hebreos.

La otra idea central, que indicará H. Kohn de las fuentes ideológicas que determinaron la estructura de todo nacionalismo, es una idea de la Historia, de la que se desprende la idea de una misión que cumplir, precisamente por las características que tiene su cultura o religión, y ética. Al igual que señalábamos la variación conceptual que existió en el transcurso de la historia de estos pueblos con relación a los otros, la misión a cumplir sostuvo, igualmente, variantes que van desde el exterminio de los enemigos de nuestro Dios hasta el universalismo de salvar al mundo transformando a los otros a la verdad religiosa por ellos profesada.

Es menester indicar que, muy cuidadosamente, Hans Kohn nos describirá qué visión de la historia es aquella que fue heredada por Occidente y que, en particular, le parece importante señalar como indispensable para comprender al nacionalismo. Indiscutiblemente estamos ante una visión de la historia que está emparentada, de un modo directo, con el mito escatológico que ha sido descrito por muchos autores y que es el sustento teórico más sugerente de este autor.

...estas dos civilizaciones [son] las únicas que en la Antigüedad desarrollaron algunos rasgos importantes que caracterizan a la idea moderna de nacionalismo. Por medio

de ellas el natural sentimiento tribal de grupo -que animaba a los ascendientes de los judíos y de los griegos, en común con los demás grupos étnicos- se volvió un factor dirigente en la vida espiritual, una nueva conciencia que otorgó a cada miembro de grupo el conocimiento de que se le había confiado una misión especial, que lo distinguía de todos los demás pueblos.

...Así, la condición fundamental de la conciencia, el acopio común de los recuerdos del pasado y de las esperanzas del futuro, que impregnan a todo un pueblo y que determinan su mente y aspiraciones, se desarrollaron por primera vez entre los judíos, expresándose con mayor firmeza que nunca después. Su conciencia histórica proyectó unidad en los acaeceres del tiempo, compaginándolos estrechamente en el todo de la historia nacional.<sup>23</sup>

No está de más decir que, afortunadamente, muchos autores han seguido los enfoques de Kohn, lo cual les ha permitido señalar -con Carlton y Hayes- el parentesco del nacionalismo con la religión o, en otros términos, captar en el nacionalismo al heredero básico de nuestra cultura moderna del esquema religioso, con todas sus posibilidades de intolerancia.<sup>24</sup>

Podemos concluir este conciso análisis de uno de los padres fundadores del análisis científico del problema nacional con un voto esperanzador: en que toda aquella particularidad cultural tenga presente los riesgos en que se inscribe su enaltecimiento, y tener presente que las diferencias no deben contribuir más que al enriquecimiento mutuo; el Estado y los intereses del capital son enemigos eternos de este humanismo, y desfigurarán cualquier intento de supervivencia cultural, utilizándolos para fines intolerantes.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 37 y 43.

<sup>24</sup> Podríamos mencionar, como ejemplos de esta tradición intelectual, muy diversos análisis de varios nacionalismos que, conscientes o no del enfoque inicial de Hans Kohn, han venido a demostrar sus tesis en sus investigaciones. Tenemos a la vista el excelente libro de Elise Marienstras. *Les mythes fondateurs de la nation américaine*, de la famosa y tristemente desaparecida editorial F. Maspero, impreso en 1977. O el excelente texto de Suzanne Citron. *Le mythe national. L'histoire de France en question*: Las Ediciones Obreras de Estudios y Documentaciones Internacionales, 1987. También el de Juan Aranzadi. *Milenarismo vasco, edad de oro, etnia y nativismo*: Taurus, 1982. Para México el conocido libro de Jacques Lafaye. *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la consciencia nacional en México* del Fondo de Cultura Económica.